

# LA NUEVA UNIÓN

PERIÓDICO REPUBLICANO

Número suelto 10 céntimos

Fundador propietario Mariano S. José Herrero

Todos los pagos serán adelantados

Preios de suscripción	Dirección Administración y Talleres	Se publica todos los sábados	Anuncios en 4.ª plana
En Plasencia, . . . . . 1,50 ptas.	Santa Ana, 6 duplicado	No se devuelven los originales y estos tienen que venir firmados para su publicación	Hueco de dos columnas. . . . . 9,50 ptas.
Fuera id., . . . . . 2,00 "	PLASENCIA		Id. de una id. . . . . 3,50 "

## PLASENCIA CAPITAL DE PROVINCIA

### Para contestar á una alusión

Tenemos que hacer hoy un alto en nuestra patriótica labor, con el fin de hacernos cargo de las censuras que á alguien ha merecido nuestro pensamiento.

Un periódico de Cáceres, al cual no agrada la idea expuesta en estas columnas de que la derecha del Tajo forme una provincia por sí, con la capital en Plasencia, censura la campaña de LA NUEVA UNIÓN dedicando á este asunto un artículo de fondo. Y compara este patriótico anhelo de los extremeños de la derecha del Tajo, que piden lo que piden, para engrandecer su región y á la vez engrandecer más y más á su patria, con los criminales deseos de los separatistas, que nosotros dudamos que existan en ninguna región española.

Segun la original manera de argumentar del periódico cacereño, para conseguir la regeneración de Extremadura, debe convertirse en una sola provincia, porque siendo dos como ahora, ó tres como nosotros queremos, no puede laborarse por el bien general de la región porque la *disgregación* que nuestro proyecto supone es contraria al progreso.... y continuando en el camino emprendido por el colega, llegamos á la consecuencia lógica de la necesidad en que está España de suprimir provincias y quedar las 49 reducidas á ocho ó diez si ha de llegar la regeneración y la prosperidad que todos deseamos.

### ¡Brava argumentación!

Dejaremos á un lado aquello de que la provincia de Plasencia merece crear se porque *tiene la fortuna de contar con una historia, aunque gloriosa, ya pasada*, pues todos sabemos que si no fuera pasada no sería historia, y vamos á desmenuzar las deleznales razones que emplea el periódico de Cáceres para combatir nuestras ideas.

Dice el colega que no está España para que cada ciudad se declare autónoma y á sí propia se administre: pero ¿es que el formar una provincia más es

dar la *autonomía* á esa región y á la ciudad que ostente la capitalidad? Es que la falta de cultura y de educación que invoca el periódico cacereño, hacen que la capital de la provincia en Cáceres sea más beneficiosa á los intereses de la enseñanza de toda esta región, que si se diese la capitalidad de esta provincia á Plasencia?

Nada hemos hablado en nuestros trabajos anteriores de autonomías ni federaciones, aunque ambas cosas están muy acordes con nuestras ideas de la *casca*; porque este proyecto, no es un proyecto político, como malévolamente trata de hacer ver el periódico de mayor circulación; este proyecto es la exteriorización de los sentires de todos los habitantes de la derecha del Tajo que aman á su región y la desean próspera y rica, porque con esa prosperidad y esa riqueza, engrandecerán á la patria querida, á la que aman ante todo y sobre todo.

Estos extremeños patriotas, que quieren á España, por lo menostan vehementemente como pueda quererla el articulista cacereño, tienen la convicción de su acierto al pedir que la derecha del Tajo constituya la Provincia de Plasencia, porque el que así se hiciera, no implica *disgregación* ni *autonomía* ni nada parecido, pues la nueva provincia constituiría una fuerza más que unir á las dos ya existentes, para trabajar en beneficio de la región Extremeña.

Y no dé vueltas el colega en busca de *manos ocultas*, porque aquí no hay más manos que las que á la vista están, ni más propósitos que los de mejorar la vida de la región en que vivimos ni más fin que el de recabar para esta Ciudad y para su tierra, aquellas preeminencias, aquellos derechos que, por sus condiciones de cultura y de educación tienen bien ganados y merecidos.

Otra cosa muy distinta es que á Cáceres no agrade este proyecto de constitución de la provincia de Plasencia, por

no contar esa Ciudad más que con los elementos que á ella lleva la provincia entera, porque esas razones no lo son, pues no se han de supeditar el progreso, y la regeneración y la prosperidad de una comarca tan digna de atención como la que más, al provecho y á los intereses de una población, que ni por su situación, ni por sus condiciones puede ejercer la tutela de la capitalidad, con el fruto que estas lejanas comarcas tienen derecho á exigir.

La obsesión de nuestro cerebro, explicada queda en las líneas precedentes, y por ellas se vé que la idea que nos obsesiona, tiene sólidos fundamentos en las condiciones de vida, naturales, y en la topografía de esta región, que nada tiene de semejante con la izquierda del Tajo; y la *seriedad* del colega sacan mucho más en que es práctico y de una realidad abrumadora la diferenciación de las costumbres, de la producción, del suelo y del cielo de esta comarca con la en que vive nuestro preopinante. Y esta realidad, bien podía llegar hasta la constitución de esta provincia de Plasencia que, ya en tiempos lejanos, estuvo para formarse.

Es todo lo contrario de lo que cree el periódico de *mayor circulación*: este movimiento de la derecha del Tajo es un movimiento de regeneración y de progreso, es la manifestación de los habitantes de un país laborioso y próspero que desean demostrar á su patria sus ansias de regeneración; es el anhelo de las España querida, que mueve á los que viven en esta comarca á pedir que les reconozcan sus merecimientos para emplear en su tierra, en el hermosamiento y mejora de su región, los productos que la misma da, para que estos productos sean muchos más, en cuanto las mejoras introducidas lo vayan permitiendo. Y de este modo, el progreso, el adelanto de esta región, haría progresar á las otras dos provincias extremeñas, y las tres contribuirían en mayor grado al progreso de España.

De este modo Cáceres podría dedicar su actividad, con más provecho que hoy, al mejoramiento de su provincia, pues siendo tan extensa, no alcanza actualmente con eficacia bastante su influencia cultural á esta apartada región.

No se alarme el periódico cacereño,

y sobre todo, baje un poco los humos, pues no hay motivo para comparar á Cáceres con la patria española, y á la formación de una provincia más, con la separación de un territorio, que es lo que hace en su artículo para destruir nuestra carapafia. Esta no puede destruirse pues el fundamento está en el ánimo de todos los que residen y trabajan en esta región que debe ser Provincia de Plasencia.

Léase el anuncio inserto en 3.ª plana MO LASSIN.

## SUICIDIOS

No parece en verdad muy práctico el disertar sobre un mal cuyo remedio no se nos alcanza. No será sin embargo ociosa su consideración en tanto que ese mal pueda ser considerado como síntoma de hondas dolencias sociales. Y acaso consista el principal interés de su estudio en disipar algunos errores y prejuicios con que suele ser abordado el problema.

Un suceso reciente, de suma resonancia, la desaparición del mundo de los vivos de personas de gran relieve, da cierta actualidad á esta consideración. Demuestra el hecho que ni los esplendores de una alta posición social, ni la madurez de los años, ni las inspiraciones de un elevado ideal caballeresco, ni los consuelos de un profundo y arriesgado sentimiento religioso, bastan á preservar de la terrible tentación. Con todas estas ventajas la carga de la vida puede hacerse tan insoportable que nos persuada y obligue á sacudirla y á buscar en una muerte voluntaria la paz, el descanso y el olvido.

En el caso aludido es conocido el motivo. No así en la mayoría de estos trances, y he aquí en lo que radica la gran dificultad del problema. Los datos estadísticos, único fundamento sólido de los juicios, no siempre en el particular merecen crédito. En la inmensa complejidad de las causas que determinan los actos humanos, es por extremo difícil asignar á cada uno lo que le corresponde. No está la estadística aún en condiciones de extender su jurisdicción hasta los móviles internos. Suponiendo que cada suicida tuviese bien cuidado de informarnos con toda sinceridad de las causas de su acto, muchos de ellos nos engañarían sin querer. Y es que las más hondas y eficaces de esas causas escapan casi siempre á los mismos interesados.

No quiere esto decir que haya de despreciarse el estudio de los hechos, fuente única de verdaderas enseñanzas. Pero una cosa son los hechos y otra muy distinta suelen ser los sus



dos en que los encasillamos. Sirven de mucho los cuadros estadísticos cuando poseemos la clave para su interpretación. Por ello reconocemos, verbi gratia, los casos de suicidio por neurosis hereáticas. Por otro es un dato la miseria de que los suicidios por amor sean mucho más frecuentes en el sexo llamado bello que en el apodado fuerte, pero si fuera siempre a tomar al pie de la letra las clasificaciones de la estadística, incuerríamos en grandes errores. Hoy por hoy esos datos sólo nos dan materia de remotas conjeturas y aproximaciones groseras.

Hémos, pues, de llenar los pliegos de la hipótesis. La más sencilla y socorrida para explicar el fenómeno de ese incremento del suicidio, que reviste actualmente proporciones tan espantable, es la consabida neurosis con temeranza. Vivimos demasiado deprimidos; la lucha de la vida es para nosotros demasiado dura. Somos una generación enferma, *destruque*. Estamos todos desequilibrados. Si esto no se remedia antes de mucho el mundo será un manicomio.

La certeza del hecho es indudable; su influencia actual sobre el suicidio parece indiscutible. Determina en la cuantía de esa influencia es y es un error. Es un gran error de muchos modernos el considerar la neurosis punto menos que como dolencia exclusiva de nuestro tiempo. Con raras excepciones la historia entera es un tratado práctico de frenopatía. Hay épocas en que la humanidad toda padece de insania. Las edades místicas, los momentos de grandes luchas políticas y religiosas son de ello buenos ejemplos. Entre los iluminados de Munster, entre los políticos del Terror, no parece que hay ningún cuerdo. La barbarie de la Edad Media semeja singularmente a la demencia. Durante una edad entera, la historia de la civilización reviste las apariencias de un delirio. Algo hay de distinto entre esas viejas neurosis y la que padecemos, si es cierto, como se pretende, que aquellas grandes exaltaciones rara vez condujeron al suicidio.

Arrimando el ascua a su sardina, imputan muchos el actual incremento del suicidio a la decadencia de las ideas y sentimientos religiosos. Preferimos a discutir este juicio tomar en él lo que haya de cierto. Lo irremediable del mal en la concepción materialista moderna puede conducir fácilmente a la desesperación. El terror del infierno ha podido mantener a muchos en la servidumbre de la vida; disuasivos de la muerte. La reducción a los límites de la vida presente del cálculo utilitario de placer y dolor puede conducir a algunos a acabar con el suicidio el saldo de tan mal negocio.

Más si de estas consideraciones se pretendiese deducir la superioridad de la concepción mística de la vida, sobre la concepción moderna, entonces ciertamente no resultaría el argumento. Si el misticismo condenó el suicidio no fue porque estimara la vida terrenal. En la concepción mística se truecan los términos naturales del juicio, el mal es bien y el bien es mal, el dolor es apetecible, el placer es execrable. Hay que vivir para sufrir. De aquí la resignación, no la activa que ordena lucha hasta el fin por ser la lucha ley de la vida, sino la pasiva que se refugia en la contemplación y en el claustro. De aquí una clase entera numerosísima, de muertos vivos, verdaderos suicidas del espíritu. De aquí la mutilación moral de las pasiones y los afectos, ese semi-suicidio que es la perfección y que Orígenes llevó, según es fama, hasta la mutilación material. En el claustro, la contemplación, la penitencia, son buenos sucedáneos del suicidio. El asceta es santo, si, por matar sus pasiones, mata con flagelaciones su cuerpo. De suerte que lo que el misticismo prohíbe es sólo el suicidio por motivos terrenales. Compárese ahora el número de los suicidas actuales con los antiguos penitentes, monjes y ascetas, y se formará una idea justa acerca de la pretendida superioridad que se atribuye en este respecto al pasado ideal sobre el presente.

Si prescindimos de vanas apariciones teóricas a penetrar en el fondo de las cosas, acaso encontraríamos que cada edad ha considerado al suicidio como lícito y aun meritorio, siempre que la inmolación voluntaria tuviese por móvil lo que se estimaba como fin supremo en cada tiempo. Los más austeros de entre todos los moralistas, los estoicos, honraban al suicidio lejos de estigmatizarlo. Ese ac-

to, hoy tan condenado, corona con la antigüedad la vida de un Catón. Los místicos indios se arrojaban para morir bajo el carro de Jagernaut. Los mártires cristianos buscaban con fruición la muerte entre espantosos suplicios. En nuestros días se ha hablado de la resolución de algunos anarquistas, dispuestos a morir voluntariamente a trueque de que sus correligionarios recogieran, para aplicarlos al triunfo de la causa, su póliza de seguros. ¿Qué muchos de estos son actos propios de héroes ó de fanáticos, según la opinión del que los juzgue, y no verdaderos suicidios? Difícil sería muchas veces la distinción. Entre estas muertes voluntarias y el suicidio pasional y aun calculado, la diferencia es sutilísima. Arria y Prota se arrancan la vida por no sufrir la opresión; Werther se mata por no ver a Carlota en brazos de su marido. Los mártires de la fe buscaron en la hoguera ó en el Circo el camino del cielo, el materialista moderno busca en el fondo del sepulcro la nada y el olvido. ¿Tanto liano es trazar entre unas y otras la línea divisoria?

Walter tiene ya entre nosotros pocos imitadores. Con la decadencia del romanticismo han disminuido los suicidios por amor. Aparte la predisposición neurótica hereditaria el suicidio reviste en la actualidad el carácter propio de nuestros tiempos positivos. Es un cálculo. Las gentes se matan, valga la expresión *razonablemente*. Las enfermedades incurables y la miseria son los motivos más generales. La mayoría acaso de los suicidas actuales son personas que no pueden vivir. La insuficiencia de nuestros conocimientos para curar y aún para aliviar los sufrimientos de ciertos enfermos, la inestabilidad de las condiciones presentes de la vida económica y las durezas de una lucha despiadada por la existencia son las verdaderas causas que engendran la mayor parte de estos atentados. Hacer desaparecer tales causas ó disminuir al menos su eficacia, sería aliviar el mal, y eso es lo que el progreso puede hacer. Aquí, como en todo, el remedio está delante y no detrás, en lo futuro y no en lo pasado.

Y antes que todos los motivos secundarios, como causa primera y general que constituye a modo del fondo común de las inclinaciones y sentimientos sobre el cual actúan luego con eficacia los móviles particulares, debemos señalar el individualismo. Es esta una afirmación que seguramente hará sonreír a muchos. Hay sin embargo nada más evidente. Mientras el hombre se considere en la sociedad como una parte del todo, mientras domine su conducta con soberano imperio los motivos, los intereses, los fines cooperativos rara vez surgirá en su mente la idea de defraudar a la sociedad con una muerte voluntaria. El suicidio es la rescisión de un supuesto con el principio de la vida. Es la exaltación, la apoteosis de la libertad individual manifestada en un acto por el cual el sujeto se erige en árbitro supremo de su destino. De aquí el sello de gran leza de que se halla revestido a los ojos de los más, aunque los paradójicos escolásticos hayan pretendido rebajarlo con la nota singularísima en este caso de cobardía.

Si la patología de tal dolencia es difícil, su terapéutica es punto menos que imposible. El Senado de uno de los pequeños Estados en que se hallaban la antigua Grecia dividida acertó a atajar una epidemia de suicidio que había cunlido entre las jóvenes doncellas ordenando que el cuerpo de las suicidas fuese expuesto desnudo a las miradas del pueblo. Es acaso la única tentativa de represión contra el suicidio que recuerda la historia. Los medios preventivos son más accesibles. Con ocasión de una tentativa de suicidio que pudo por dicha ser evitado, dollase la ilustre escritora francesa M<sup>l</sup>. Severine de que los veedores que abrieron las puertas y ventanas de la estancia para prevenir los efectos de la asfixia no pudieran llevar al misero suicida junto con el aire patri sus pulmones el auxilio en sus necesidades y el consuelo de sus dolores. Sería esto acaso demasiado pedir. Pero un poco de justicia en las relaciones humanas, una organización social menos bárbara, un cuidado más solícito por la educación material y moral, la dulcificación de las costumbres, el desarrollo de verdaderos sentimientos de fraternidad, serían excelentes medios preservativos contra los extravíos de la desesperación.

Mientras esto no se haga no se alcanza bien

con que derecho la sociedad se dá por ofendida cuando le niegan su cooperación el enfermo a quien no sabe curar y el indigente a quien no quiere asistir. Lejos de nuestro ánimo el defender el suicidio; pero no nos antoja que así la vieja moral absoluta que duramente le castigatiza, como la novísima ciencia evolutiva que trata con tan soberano menosprecio a los venidos de la vida, son demasiado severos para con esos desgraciados, los cuales más bien que desdenos y anatemas, inspiran a los buenos un sentimiento de infinita misericordia.

Alfredo Calderón

## El hambre en España

Estamos mal, dice el propietario que vive de sus fincas; la situación se hace cada día más difícil, añade el hurocrata que está sujeto a un sueldo más fijo que el precio de las subsistencias; los negocios están paralizados y no sabemos qué es lo que ocurrirá si esto no mejora; se le oye decir al industrial; los pagos son mayores que los rendimientos; la agricultura está completamente abandonada en todo el país; los años vienen mal; objeta el agricultor y el obrero, el desheredado de la fortuna el que no cuenta con un sueldo fijo el que no espera beneficio alguno cuando las cosechas son abundantes el que vive del copioso sudor derramado en el campo, en la fábrica, en el taller, exclama: la vida se hace imposible; aquí no queda otro recurso que emigrar a otros países donde puedan comer mis hijos; hay que abandonar la patria antes que el hambre ocasione víctimas y aunque con sentimiento, acompaña el hecho al hecho.

Todos estamos mal; todos nos lamentamos; todos vemos que aquí no se hace nada práctico ni provechoso para la vida del país y sin embargo nos cruzamos de brazos, esperando que la Divina Providencia tenga un día consideración de nosotros y nos traiga el bien a manos llenas.

Esta es la España decadente, la España de hoy, la España de los políticos.

Aquí todos son proyectos que nunca se llevan a cabo, constituyendo esa inercia un mal grave que puede traer fatales consecuencias en el día en que el pueblo se percate de lo que ocurre.

Hacen falta caminos y canales para la importación y exportación de los frutos; pero también falta lo principal, el dinero, que tan mal se distribuye al confeccionar los presupuestos generales de la nación.

Otro país, menos agricultor y menos industrial, podría, con los ingresos que percibe nuestra Hacienda nacional, acabar con este malestar reinante que pesa sobre todos. Aquí ocurre lo contrario; hay retribución exagerada para muchas cosas menos para la agricultura y la instrucción, que son la base de la vida floreciente del país.

Por ese motivo estaremos mal hoy, mañana y siempre, y si no se procura al confeccionar los presupuestos hacer importantes economías en aquellos capítulos innecesarios, es decir, si no se suprimen gastos de lujo que no necesitamos, los cuales nos cuestan algunos millones de pesetas que se podrían invertir en el fomento de la riqueza, estamos mal.

En España hace falta más patriotismo y menos alardes de él.

Por falta de canalización se pierden las cosechas; por falta de vias de comunicación quedan muchos productos sin valor.

Si los presupuestos se formaran con arreglo a los ingresos verdaderamente exactos, algo más se adelantaría; pero como no ocurre así, y la prueba está en los déficits anteriores, España vá a la ruina.

Es indispensable salvar la patria sin aumentar más las cargas a los contribuyentes; de lo contrario los obreros se ausentan tal vez para no volver.

La continua emigración de trabajadores pone bien de manifiesto el malestar que reina, el cual debe evitarse a todo trance.

Con promesas nada se consigue; aquí hacen falta hechos que convencan; más actividad en todo, más amor patrio, más puertos, vias y canales, que generales, fáciles y subvenciones a empresas y compañías explotadoras, más cariño al país pues de las promesas nadie confía ya debido al engaño recibido tantas veces.

La mala administración de arriba hace la de abajo y ambas son causa del hambre que se enseñorea por todas partes.

Urge aplicar un pronto remedio antes que llegue la liecatombe; y este remedio está en manos de los políticos.

Si verdaderamente aman a su patria como dicen, hagan un sacrificio, entreguen el poder, retirense a sus casas y dejen el campo libre a los que pueden salvarnos.

Por el bien de todos no se debe escatimar nada.

Quien dice que quiere a su patria, debe demostrarlo con hechos convincentes para que le crean.

J. S.

## DE ACTUALIDAD

—Estos días cuántos pavos se ven por calles y plazas.

—Y a usted le gustan, señora, los pavos?

—A mí me cargan.

—Si a usted le cargan los pavos, a mí me cargan las pavas.

—También le cargará, entonces, pelar la pava...

—Me carga pelar la pava con una mujer que pague de pava.

—Juegas a la lotería de Navidad?

—Si que juego,

y como me toque el gordo gitano, yo te prometo regarte un automóvil,

un hotel en Recoletos

y unos pendientes de búfen,

con brillantes como huevos.

—Por lo visto... juegas mucho.

—Juego con Felipa... un perro y otro perro con Antonia.

—¡Valiente perro estás hecho!

—Cuando llegue Nochebuena he de convidarte, Paca, a besugo.

—Pues... me escamo.

—Mujer ¿y por qué te escamas?

—Porque las tiene el besugo.